

## EDUCACIÓN PARA LOS DESVALIDOS: 1821-1959

### UN ACERCAMIENTO POR MEDIO DE LAS FOTOGRAFÍAS

---

LUZ ELENA GALVÁN LAFARGA  
CIESAS

**RESUMEN:** Esta ponencia es parte de una investigación más amplia en donde he buscado a la infancia mexicana. Su búsqueda la he realizado a través de diversas fuentes: prensa infantil, imágenes y documentos de varios archivos. En esta ocasión me centraré en las fotografías. Para su análisis me he basado en la Historia Social de la Educación. Entre los autores utilizados se encuentran: Peter Burke (2001) y Philippe Ariès (1987). En cuanto a los principales ejes, éstos se basan en lo que Dominique Julia propone en cuanto a la llamada “cultura escolar”,

El objetivo de mi comunicación es destacar cómo desde 1821 en que nacimos como país independiente, una de las preocupaciones de los diversos gobiernos

fue la educación para todo el pueblo mexicano. Entre sus premisas se encontraba el que, por medio de la educación alcanzaríamos el progreso. Primero con la Compañía Lancasteriana y, después por medio de los Ayuntamientos así como de las escuelas particulares que se encontraban en diferentes estados, atendiendo la instrucción de niñas y niños de escasos recursos. Esta es la idea principal que atraviesa la investigación hasta 1959 en que se crea la CONALITEG.

**PALABRAS CLAVE:** Infancia, Pobreza, Escuelas, Cultura escolar, Fotografías.

### La Compañía Lancasteriana y los espacios para la enseñanza

En la ciudad de México, la Compañía Lancasteriana se estableció a principios de 1822. Era una asociación privada dedicada a implantar el método de la enseñanza mutua de los ingleses Joseph Lancaster y Andrew Bell.

De acuerdo con este sistema, los alumnos más avanzados llamados “monitores”, previamente instruidos por el preceptor, enseñaban a grupos de 10 niños. La primera escuela fue “El Sol” (1822) y pocos meses después “Filantropía”, ambas tuvieron mucho éxito. En 1833 cumplió un sueño: abrir su primera escuela para 160 niñas en Santa María

la Redonda, uno de los barrios más pobres y abandonados de la ciudad.. Así, las niñas también eran instruidas por esta Compañía, la cual fue abolida en 1890.

Durante el siglo XIX existían diversos espacios para la enseñanza: públicos y privados. Entre los primeros estaban las escuelas. En cuanto a los segundos, parte de la educación formal se impartía en los hogares. El espacio doméstico tenía mucha importancia y, por lo general, era el padre quien durante las veladas leía en voz alta, y niños y niñas memorizaban parte de estas lecturas, tal como recuerda Guillermo Prieto en sus *Memorias*.

## ¿Cómo encontrar a la infancia?

Debido a que niñas y niños de ayer no nos han dejado registros de su vida diaria, he tenido que buscarlos a través de diversas fuentes: prensa infantil, imágenes: y documentos de varios archivos.

Para su análisis he utilizado diversos parámetros, como las ideas de Peter Burke (2001) quien señala que “las imágenes nos dan nuevas respuestas” a nuestras inquietudes de investigación, lo cual desde hace tiempo he buscado en mis estudios sobre la infancia. Actualmente, las imágenes se han convertido en “documentos de la historia social”.<sup>1</sup> Así mismo, Philippe Aries (1987) menciona diversos aspectos de la vida cotidiana de la infancia. De este modo, esta ponencia se inscribe en la Historia Social de la Educación.

Parto de la hipótesis de que desde el siglo XIX existía una infraestructura escolar, sin embargo los padres de familia, por diversas razones, no enviaban a sus hijos e hijas a las escuelas.

En cuanto a los ejes que guían a la ponencia, éstos se basan en lo que Dominique Julia propone en cuanto a la llamada “cultura escolar”, en donde se encuentran varios elementos que la forman:

- a) Un espacio separado, con un edificio, patio de recreo, mobiliario libros de texto y material específico que permita la transmisión de los saberes.
- b) Un curso dividido en niveles, o sea graduado en donde los alumnos ingresan y egresan a cierta edad

- c) Un cuerpo profesional, en donde maestros y directores están encargados de cumplir y hacer cumplir las normas y prácticas que forman la cultura escolar, así como los alumnos que asisten a los planteles.<sup>ii</sup>

La mayor parte de la infancia que aquí se analiza asistía a la escuela, por lo que estos parámetros que menciona Julia son importantes para mi análisis. Aquí analizo a una determinada infancia ya que, el análisis de las fuentes me ha ido mostrando que no existía, ni existe hoy día, una sola infancia sino que podemos hablar de varias infancias de acuerdo con el poder adquisitivo que tenían sus padres. En esta ponencia me centro en los más pobres, en la “niñez desvalida”.

Durante el siglo XIX existía una preocupación por proteger a los más pobres, con el objetivo de que no terminaran siendo unos vagos, a quienes consideraban peligrosos. En 1865 se expidió la “Ley para corregir la vagancia”. Para definirla se tomaba en cuenta, tanto el criterio económico, como aquéllos de carácter moral, con el fin de lograr un control social. Lo que se buscaba era preservar el orden y la estabilidad, ya que la falta de instrucción llevaba a que hubiera vagos en las calles, a quienes se les temía por transgredir el orden.

La preocupación por proteger a esta infancia se refleja, entre otras publicaciones, en la prensa infantil mexicana, como en *El Obrero del Porvenir. Semanario para la Niñez Desvalida*, 1870.<sup>iii</sup>

Para comprender la importancia de estas fuentes, hay que recordar que la inestabilidad económica, política y social en la que se debatía nuestro país durante casi todo el siglo XIX, hacía difícil el que la mayoría de los niños, pudieran recibir una educación formal en las escuelas. Por ello, muchos completaban su educación por medio de la lectura de diversos periódicos infantiles.

## Una escuela para la infancia rural

Esta escuela que surge durante el Porfiriato es un ejemplo de cómo muchos niños en el campo asistían a la escuela pública, descalzos. El maestro sentado en medio, estaba rodeado de sus alumnos sin zapatos.. Por lo general, hay un niño que se encuentra bien vestido y que calza zapatos, tal vez era el hijo del maestro, quien sería el futuro maestro y

que a diario aprendía al lado de su padre aquello que un maestro debería enseñar y, sobre todo, la forma cómo debía vestirse.

En esta fotografía, tenemos elementos de la cultura escolar: el maestro, los alumnos y sus libros, y un globo esférico. Tal vez las ventanas eran las del salón de clase.

En el siglo XIX y primeras décadas del XX, los certámenes de fin de cursos de las escuelas primarias que tenían una gran importancia, se realizaban por varios sinodales quienes no eran sus maestros. Asistían padres de familia y personas importantes de la comunidad. La escuela mostraba los conocimientos que los alumnos habían adquirido durante el año, justificándose para que los padres comprendieran su importancia. Sin embargo, también era un elemento que causaba inasistencia escolar, ya que muchos niños temían ser examinados por sinodales y en público.

La vida cotidiana se guiaba por una estricta disciplina. La fotografía muestra a un niño durante un examen de geometría. Está vestido con camisola y pantalón de manta blanca, y de pie junto al pizarrón responde las preguntas de cuatro maestros que aún no han terminado de interrogarlo. Su ropa nos revela que se trata de un niño de escasos recursos, de esta infancia desvalida del siglo XIX que era educada dentro de ciertas reglas y códigos de conducta, para evitar la vagancia.

Deseo detenerme un momento en la vestimenta tanto de este alumno como de los de la fotografía anterior., en donde destacan las camisolas y pantalones blancos de manta, los cuales fueron utilizados por esta infancia desvalida durante muchos años, de acuerdo con lo que podemos observar en las fotografías. Al respecto, Philippe Ariès comenta que: “Los niños del pueblo, campesinos y artesanos, los que juegan en la explanada de los pueblos, en las calles de las ciudades, siguen usando el traje de los adultos..” Estos niños, dice Ariès, “conservan el antiguo género de vida que no separaba a los niños de los adultos, ni por el traje, ni por el trabajo, ni por el juego”.<sup>iv</sup>

Esta fotografía nos habla del avance de la cultura escolar durante el Porfiriato, al observar otros elementos como: el salón de clases, los pupitres, el pizarrón, además de una organización de maestros entre los que se encontraban los sinodales. Se puede decir que ya existía la escuela graduada, debido a que fue tomada hacia 1895 después de los

Congresos de Instrucción Pública en donde se había decretado la “uniformidad de la instrucción primaria obligatoria, gratuita y laica, que debería recibirse de los 6 a los 12 años durante 4 años”. Esto era lo que se conocía como la primaria elemental. También se vio la necesidad de que los jóvenes que quisieran cursar estudios preparatorios y profesionales, cursaran dos años más de primaria.<sup>v</sup> La instrucción primaria quedaba graduada ya que se establecían 6 años: cuatro de primaria elemental y dos de primaria superior, con un currículo determinado para cada uno de los grados escolares.

El movimiento revolucionario no detuvo la actividad escolar. Incluso, a pesar de la falta de planteles ya que éstos habían sido utilizados por los revolucionarios como caballerizas, la infancia continuó estudiando en los patios de las casas. Los niños asistían descalzos a tomar sus lecciones. En ocasiones, uno de ellos se encontraba de pie y leía en voz alta aquello que los demás tenían que escribir. También en este periodo en el grupo se encontraba el hijo del maestro, siempre bien vestido y con zapatos, incluso era el único que utilizaba una máquina de escribir durante el dictado.

Esta fotografía nos habla de un retroceso en cuanto al espacio y mobiliario escolar, debido al movimiento revolucionario y, al mismo tiempo, nos muestra la tenacidad del magisterio por no detenerse y continuar impartiendo las clases, aun cuando los espacios no fueran los adecuados, ni contaran con pupitres, libros y pizarrones.

El periodo post-revolucionario trajo muchas ilusiones para el sistema educativo. Una de ellas, fue la de la posibilidad de contar con edificios para las escuelas rurales las cuales funcionaban en casas que se adaptaban para este fin, o en construcciones de adobe, con techos de paja, pisos de tierra y sin ventanas, en donde la infancia recibía las lecciones.

Niñas y niños continuaron con el deseo de aprender cada día más. Por ello, sin importar la distancia se desplazaban descalzos hasta sus escuelas. Con los pocos materiales escolares que tenían, como lápices y cuadernos, esta infancia siempre luchó por un mejor futuro, por contar con una vivienda digna, por mejorar su salud y, el día de mañana, tener un trabajo en alguna fábrica o, tal vez, ser el maestro o la maestra de la escuela de su pueblo.

La década de 1940 nos habla del avance de la cultura escolar al encontrarnos con una escuela institucionalizada. Ésta se había hecho necesaria para muchas comunidades por lo que padres de familia y vecinos apoyaban en la construcción de planteles. Ahora, más amplios, con más luz ya que tenían ventanas y con mobiliario adecuado para que esta infancia pudiera estudiar en mejores condiciones que sus padres, si es que éstos habían asistido a la escuela. Cada vez fue más necesario el contar con tres o cuatro años de escolaridad para poder obtener un trabajo en alguna fábrica. Los campesinos, por falta de agua para sus tierras, empezaron a convertirse en obreros. Tal fue el caso de la fábrica de Pastejé en el Estado de México, por ejemplo.<sup>vi</sup>

## Educación para la infancia indígena

Con el tiempo, el sistema educativo puso su mirada en otra infancia: “la indígena”, la cual sumaba, a los problemas de la pobreza y de ser “desvalida”, el contar con otra forma de comunicación. Sus lenguas eran diversas y había que atenderla de una nueva forma. Por ello se fundan: el Departamento de Cultura Indígena, el Instituto Nacional Indigenista y, posteriormente, la Dirección General de Educación Indígena.

Empiezan a desfilan ante nosotros fotografías de niños indígenas descalzos quienes, a la orilla del camino esperaban la llegada de su maestro: el indígena. Un maestro con muchas carencias, pero con muchas ilusiones, al igual que aquellos maestros rurales que surgieron durante el Porfiriato y, posteriormente, en las décadas de 1920 y 1930.

Maestros comprometidos y alumnos deseosos de aprender los nuevos saberes, se enfrentaron a diversos retos. Entre otros, el de integrarse y formar parte de la nación mexicana, para lo cual había que aprender nuevos códigos, ritos y ceremonias. Existen fotografías de una infancia indígena descalza la cual, junto con sus maestros, saludaba a la bandera.

## La infancia femenina y su educación

Desde el siglo XIX, muchas niñas empezaron a integrarse al sistema educativo. Algunas, recibían lecciones particulares y, otras más, asistían a los planteles escolares. En un principio, su tiempo en la escuela era más corto que el de los niños, sin embargo, poco a

poco se fueron abriendo camino en un mundo masculino. Las fotografías nos hablan de niñas de diversas clases sociales que convivieron en el mismo salón de clases. Parte importante de su educación era el aprender a coser y a bordar, por lo que en una de las fotografías se puede ver una máquina de coser en la esquina izquierda.

La falta de espacios hacía que niñas y niños estuvieran juntos en las escuelas. No se trataba de la escuela mixta, la cual surgió posteriormente.

Otro de los aprendizajes de estas niñas era el de la aritmética, por lo que aquí las vemos frente a su maestra, con sus delantales blancos y muy bien sentadas, mientras una de sus compañeras explica la lección en un gran ábaco de madera.

Aun cuando desde el siglo XIX la infancia femenina asistía a los planteles educativos, no es sino hasta el siglo XX cuando en las fotografías se pueden ver a niñas de diversas clases sociales quienes, al lado de los niños, aprenden las mismas materias.

El entusiasmo de las niñas pobres y desvalidas por aprender a escribir, se puede ver en otra fotografía en donde una alumna descalza, escribe en el pizarrón las vocales ante la atenta mirada del maestro rural.

## Educación a todas las infancias

La educación “para todos” poco a poco se fue haciendo realidad en nuestro país. Así, niños de escasos recursos vestidos con camisa y pantalón blanco, aprenden de su maestra que “la pobreza no es vergüenza” y que los diversos aprendizajes les permitirán aspirar a una vida más digna.

Al lado de la educación, los gobernantes también se preocuparon por la salud de la infancia desvalida. Los desayunos escolares se integraron a las políticas educativas de los diversos gobiernos. Desde que Francisco Madero asumió el poder, uno de sus propósitos fue el de instrumentar en todas las escuelas los desayunos escolares. Comprendía que uno de los problemas era el de la mala alimentación, unido a la falta de educación por lo que se propuso que a ninguna niña y niño les faltara una taza de atole y una pieza de pan antes de iniciar las clases diariamente.

El deseo de aprender y enseñar es el que ha movilizó a muchos ciudadanos quienes, en aulas improvisadas, imparten algunas lecciones. Por ello, una joven en alguna zona de Chiapas y más allá de las diferencias de edad y género, comparte sus conocimientos con una niña que quiere aprender a escribir y a contar, tal como sucedía en el siglo XIX.

En la década de los cincuentas la escuela rural continuó llegando a comunidades indígenas marginadas. En aulas de madera, niños tzetzales de Chiapas, toman diversas clases.

En 1959, se fundó la CONALITEG. Su principal objetivo ha sido el que los libros lleguen a todas las escuelas en la República Mexicana, finalidad que poco a poco ha ido logrando. Un ejemplo de ello son los libros de historia que, por medio de la magia de la fotografía podemos comprobar que en 1965 ya habían llegado hasta Chiapas en donde un grupo de niños chamulas, sentados en sus sillas y mesas de palo, aprenden sobre los héroes de la independencia y la revolución. La importancia de estos textos radica en que en muchos hogares mexicanos, son los únicos libros que existen. Por ello, me detengo en la década de 1960, ya que considero que a partir de ese momento se inició otra etapa en la historia de la educación para la infancia desvalida en nuestro país.

## A manera de conclusión

Esta ponencia la escribí guiándome por diversas fotografías de la infancia descalza, desvalida, pobre, indígena. Se basó en 39 años de investigación que sobre la historia de la educación he realizado en CIESAS.

Su escritura me brindó la oportunidad tanto de reflexionar sobre un largo periodo en la historia de nuestra educación, como de realizar otra lectura de las fotografías que he ido buscando desde hace 25 años. Éstas permiten imaginar y crear. Imaginar algo más de aquello que nos dicen los documentos y pensar que podemos crear un mundo mejor para nuestras niñas y niños desvalidos.

Así mismo, me llevaron a continuar desarrollando mi hipótesis, al mostrarme que sí existían escuelas para la infancia mexicana desde el siglo XIX, y que el alto ausentismo escolar se relacionaba más con los padres de familia que no enviaban a sus hijos/as a la



escuela que con la falta de una infraestructura escolar. Así la escuela tuvo que hacerse necesaria.

Durante 39 años, diversas fuentes me han permitido asomarme a este enigmático mundo que se dibuja a través de documentos, libros escolares, imágenes y relatos del magisterio al que he entrevistado, guardando la memoria de los días en que trabajaron en las escuelas.

Considero que de todas estas fuentes son las fotografías las que guardan muchas respuestas a nuestras interrogantes, como afirma Burke (2001). Son fuentes a las que, investigadoras/es estamos empezando a asomarnos para utilizar su gran riqueza. Quedan muchas fotografías por buscar y analizar, para escribir otras historias de la infancia descalza que camina hacia su educación. Me propongo recuperar las imágenes de un pasado que se hace presente a través de las fotografías. Son documentos que no están escritos y que, sin embargo, nuestros ojos los pueden leer, ya que le han impuesto una nueva narración a la memoria.

## Referencias

Ariès, Philippe 1987, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen* Madrid, Editorial Taurus. (1ª edición, 1960).

Burke, Peter 2001, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Editorial Crítica.

Galván Lafarga, Luz Elena, 1985, *Los maestros y la educación pública*. México, CIESAS.

Galván Lafarga, Luz Elena, 2008, “La niñez desvalida. El discurso de la prensa infantil del siglo XIX”, en Antonio Padilla et al., *La infancia en los siglos XIX y XX*. México, Casa Juan Pablos, UAEM, pp. 169-183.

*El Obrero del Porvenir. Semanario para la Niñez Desvalida*. México, 1870

Julia, Dominique, 1995, “La cultura escolar como objeto histórico”, en Margarita Menegus y Enrique González (coords.), *Historia de las universidades modernas en Hispanoamérica. Métodos y fuentes*. México, UNAM.

Meneses, Ernesto, 1983, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, México, Editorial Porrúa.

Prieto, Guillermo, 1992, *Memorias de mis tiempos*. México, CONACULTA. (1ª ed., 1906).

## Referencias

---

<sup>i</sup> Peter Burke, 2001, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Editorial Crítica, pp. 11, 12, 15 y 143

<sup>ii</sup> Dominique Julia, 1995, “La cultura escolar como objeto histórico”, en Margarita Menegus y Enrique González (coords.), *Historia de las universidades modernas en Hispanoamérica. Métodos y fuentes*. México, UNAM, pp. 131-134

<sup>iii</sup> Luz Elena Galván, 2008, “La niñez desvalida. El discurso de la prensa infantil del siglo XIX”, en Antonio Padilla et al., *La infancia en los siglos XIX y XX*, México, Casa Juan Pablos, UAEM, pp. 169-183.

<sup>iv</sup> Philippe Ariès, 1987, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen* Madrid, Ed. Taurus, pp. 92

<sup>v</sup> Ernesto Meneses, 1983, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, México, Editorial Porrúa, pp. 381-382.

<sup>vi</sup> Luz Elena Galván, 1985, *Los maestros y la educación pública*. México, CIESAS.